Jesús García López

LA CONCEPCION HEIDEGGERIANA DE LA POESIA

ENTRE los varios autores—Dilthey, Croce, Santayana, Benda—que han dedicado recientemente estudios filosóficos al tema de la poesía, sobresale, sin duda, Martín Heidegger, tanto por la originalidad de sus ideas sobre el asunto, como por la preponderancia que concede a la tarea poética entre todas las actividades humanas.

Lo más esencial del pensamiento de Heidegger acerca de tan sugestivo tema encuéntrase recogido en su conferencia titulada *Hölderlin y la esencia de la poesía,* cuya primera edición data de 1936. Pero este escrito no puede entenderse plenamente sin referirlo a las obras anteriores del mismo autor, sobre todo a *Ser y tiempo,* y tiene, además, un necesario complemento en los escritos posteriores, especialmente en *Sobre el origen de la obra de arte.*

El que sea Hölderlin el poeta elegido para apresar a su través la esencia de la poesía, justifícase, a los ojos de Heidegger, porque nadie mejor que el lírico alemán ha merecido el título de «poeta de la poesía». Por lo demás, la conferencia en cuestión se reduce a una glosa libre —trasunto de las ideas filosóficas de nuestro autor—de estas cinco frases de Hölderlin:

«Poetizar, la más inocente de todas las ocupaciones».

«Para esto ha sido dado al hombre el lenguaje, el más peligroso de todos los bienes, para que manifieste lo que él es».

«Muchas cosas el hombre ha experimentado, y muchos dioses nombrado, desde que somos un diálogo y podemos oírnos mutuamente».

UNIVERSIDAD DE MURCIA

«Empero lo que perdura, eso lo fundan los poetas».

«Lleno de méritos, pero poéticamente, habita el hombre en esta tierra».

Hacer una exégesis pormenorizada del comentario de Heidegger a esas cinco frases o motivos del autor de *Hyperion,* rebasaría, con mucho, nuestro actual propósito. Una exposición del texto heideggeriano que aspire, como la presente, a ser a la par concisa y clara tiene que estar basada en gran medida en la decisión de marginar matices muy valiosos y de aristar las líneas fundamentales de un esquema.

I

«Poetizar, la más inocente de todas las ocupaciones».

La poesía, en efecto, es una forma de juego. Un juego de palabras que a nada compromete. No hay en ella la seriedad de las otras acciones humanas que muerden inmediatamente sobre lo real y lo transforman. La poesía es inofensiva e ineficaz.

Pero no hay que pensar que esta primera caracterización nos implanta ya en la esencia íntima de la poesía. Sólo sirve para indicarnos la región en que tal esencia debe ser buscada. Esta región es el lenguaje. La poesía crea sus obras en el campo del lenguaje y con la materia del lenguaje. Pero ¿qué es este último?

II

«Para esto ha sido dado al hombre el lenguaje, el más peligroso de todos los bienes, para que manifieste lo que él es».

Este pasaje está tomado del borrador de un poema que había de decir lo que es el hombre por oposición a los demás seres de la naturaleza. No es, pues, extraño que el comentario de Heidegger condense aquí, tratando de conectarlos con las ideas de Hölderlin, los resultados capitales de la analítica existencial del hombre (del *Dasein,* en terminología heideggeriana). Tratemos, por nuestra parte, de resumirlos.

La analítica existencial nos dice que el *cuidado* constituye la estructura última e indiferenciada del *Dasein.* Pero el cuidado importa tres elementos: la *anticipación,* la *facticidad* y la *caída.* Por la anticipación, el *Dasein* es previamente a sí mismo, se adelanta a sí mismo en sus pro-

UNIVERSIDAD DE MURCIA

yectos, encarnación de sus posibilidades. Por la facticidad, el *Dasein* siempre está ya en el mundo, encadenado a una situación dada. Por la caída, el *Dasein* se halla abocado a la inautenticidad, dominado de hecho por el impersonal o en riesgo constante de ser absorbido por él. Estos tres elementos del cuidado interesan aquí en gran manera.

En primer lugar la anticipación. El *Dasein* no es de una vez por todas, sino que tiene que hacerse a cada paso. Mas, para hacerse, necesita proyectarse, esbozar proyectos referentes a sí mismo y también a las cosas del mundo con las que está necesariamente ligado. Pues bien, estos proyectos dan un sentido, dotan de inteligibilidad a los existentes sobre los que recaen o a los que afectan. Todas las cosas y los hombres mismos son primigeniamente oscuridad absoluta, opacidad impenetrable. Es la proyección del *Dasein* la que rasga esa noche, la que desvela a esos existentes ensombrecidos, a esos existentes en bruto, arrojando sobre ellos inteligibilidad, verdad, ser. Y el lenguaje se liga constitutivamente a esta capacidad proyectiva del hombre.

En segundo término la facticidad. Esta expresa el hecho de nuestra vinculación al mundo, de nuestra pertenencia a la tierra, de nuestra primitiva y original inserción en el conjunto de los existentes en bruto. Ni siquiera por la proyección podemos escapar enteramente a esta condición nuestra. La luz que nuestros proyectos derraman en los existentes tiene que contar con ellos y les es de algún modo deudora.

Finalmente la caída. El *Dasein* puede adoptar dos modos de existir: el inauténtico y el auténtico. En la modalidad inauténtica el existir humano está como vaciado de sí mismo; no tiene una verdadera subjetividad. Sometido a la tiranía del impersonal (el «se» del «se dice», «se piensa»), el hombre viene a identificarse con el mundo de sus preocupaciones y toda su vida se nutre de fórmulas vacías y estereotipadas. En cuanto a la existencia auténtica, ella siempre es una conquista trabajosa a partir de la inautenticidad, en la que el hombre—todo hombre—se encuentra primitivamente perdido, caído.

Estas ideas nos ayudarán a comprender, en sentido heideggeriano, las palabras de Hölderlin. Estas tratan de expresar lo que el hombre es. Pues bien, concibamos al lenguaje como el medio fundamental de proyección del *Dasein*, es decir, de esclarecimiento o manifestación del ser de todo lo existente, incluído el mismo *Dasein*. Entonces, dado que el *Dasein* es esencialmente proyectivo, más aún, se constituye como tal por

UNIVERSIDAD DE MURCIA

su propia proyección, tendremos que el hombre es aquel ser que, por medio del lenguaje, proyecta o esclarece lo que él es (y también lo que son las cosas), y esto de tal modo que ese esclarecimiento o manifestación que hace de sí mismo es inseparable, más todavía, es constitutivo de su propio ser. Así el lenguaje, inscrito en la proyección—primer elemento del cuidado—es el bien más original del hombre, es el fundamento de su propio ser.

Ahora bien, ¿qué es lo que el hombre manifiesta cuando esclarece lo que él es? Su pertenencia a la tierra, su necesaria vinculación a los existentes en bruto, de los que es deudor—heredero y aprendiz, dice Heidegger—, pero a los que debe iluminar, dotar de inteligibilidad y de sentido. En una palabra, lo que el hombre manifiesta cuando da testimonio de su ser es su facticidad—segundo elemento del cuidado.

Ya hemos visto que el lenguaje es un bien, pero Hölderlin lo califica del más peligroso de los bienes. ¿En qué consiste su peligrosidad? Sencillamente en que, siendo fuente y fundamento del ser humano, así como éste se halla siempre abocado a la inautenticidad, así también aquél está constantemente amenazado de trivialización, está siempre en riesgo de convertirse en charlatanería. Y este es el mayor peligro para el hombre, el que su vida llegue a estar montada sobre la charlatanería cotidiana. La peligrosidad del lenguaje hace referencia a la caída—tercer elemento del cuidado.

III

«Muchas cosas el hombre ha experimentado, y muchos dioses nombrado, desde que somos un diálogo y podemos oírnos mutuamente».

De toda esta frase centremos nuestra atención por el momento en la afirmación de que los hombres somos un diálogo. Para entenderla conviene retrotraernos nuevamente a los resultados de la analítica existencial del *Dasein,* uno de los cuales establece que el ser en común es esencial al ser humano. El hombre no es sólo *ser-en* el mundo, sino también *ser-con* los otros hombres. Pues bien, puesto que el lenguaje le ha sido dado al hombre para que manifieste lo que él es, así como el lenguaje debe dar testimonio de nuestra pertenencia a la tierra, de nuestro *ser-en* el mundo, también debe atestiguar nuestra esencial comunidad con los otros hombres, nuestro *ser-con* ellos. O lo que es lo mismo: el lenguaje debe ser un diálogo. Pero hay más; como quiera que la manifestación,

UNIVERSIDAD DE MURCIA

por el lenguaje, de nuestro propio ser es inseparable de este ser y lo constituye, el mismo diálogo será también inseparable de nuestro ser en común y lo constituirá. Y por eso los hombres *somos* un diálogo.

Con ello queda dicho que el diálogo es el único lenguaje auténtico. A él se opone la charlatanería cotidiana, forma inauténtica del lenguaje, en la cual las palabras pasan de signos a convertirse en cosas. Aquí ya no interesa lo que las cosas sean, sino lo que de ellas se dice. Se llega a una verdadera idolatría de las palabras; al triunfo decidido del lugar común. La charlatanería cotidiana más es psitacismo que lenguaje. En cambio, en el lenguaje auténtico, en el diálogo, las palabras son verdaderos signos de la realidad, y no se manejan como cosas, que estuvieran desligadas de aquello que nombran, sino que, vinculadas a las cosas que tratan de manifestar, confieren a éstas su verdadero sentido. Las palabras del diálogo son palabras esenciales.

Volvamos ahora a la frase completa de Hölderlin. Ella dice que, desde que los hombres somos un diálogo (propiamente, desde que somos hombres y pertenecemos a un mundo y vivimos con otros hombres), hemos experimentado muchas cosas y nombrado muchos dioses. Los dioses, sin duda, son tomados aquí, en un sentido metafórico, por los principios explicativos de las cosas. De modo que la frase en cuestión viene a decir llanamente que, desde que el hombre existe como tal, ha conocido muchas cosas y las ha explicado, o si se quiere mejor, las ha fundado, ha establecido las razones o los fundamentos de ellas. Pero esto nos remite a la frase siguiente.

IV

«Empero lo que perdura, eso lo fundan los poetas».

Llegamos ahora a lo más esencial del trabajo de Heidegger. Acabamos de decir que fundar es explicar las cosas—nombrar a los dioses, como dice Heidegger. En último término es derramar la luz del ser sobre los existentes en bruto; es poner en claro y en orden lo que era tinieblas y confusión. Digamos ahora que esta fundación puede hacerse de dos maneras: auténticamente, implantándonos en la verdad, e inauténticamente, desviándonos hacia la no verdad. En el primer caso tendremos una fundación de lo permanente, de lo estable; una nominación esencial de las cosas. En el segundo, en cambio, sólo habremos fundado

UNIVERSIDAD DE MURCIA

lo pasajero, lo cambiante; no habremos dado a las cosas su nombre esencial, sino un nombre convencional y pragmático.

Pues bien, la fundación auténtica es la obra propia de los poetas.

Después de lo dicho, tal vez resulten inteligibles estas palabras de Heidegger: «La poesía es la fundación por la palabra y en la palabra. ¿Y qué es lo que se funda? Lo que permanece. Mas lo que permanece ¿puede ser fundado? ¿Acaso no era ya? ¡No! Precisamente a lo que perdura ha de dársele consistencia contra la fugacidad; lo sencillo debe arrancarse a la confusión; la norma debe ser preferida a lo anormal. Es preciso poner al descubierto lo que el existente en su conjunto soporta y determina. El ser debe quedar desvelado para que el existente aparezca [...]. El poeta nombra a los dioses y a todas las cosas en lo que son. Esta nominación no consiste en proveer de nombre a una cosa que anteriormente era bien conocida, sino que el poeta, profiriendo la palabra esencial, hace que lo existente venga a quedar nombrado en lo que es, y conocido como existente. La poesía es fundación del ser por la palabra. Lo que perdura no se extrae de lo efímero; lo sencillo no se saca jamás inmediatamente de lo complicado; la norma no yace en lo anormal. El fundamento no se encuentra nunca en el abismo. El ser no es jamás existente en bruto. Mas como el ser y la esencia de las cosas nunca pueden derivarse de lo existente, habrán de ser libremente creados, puestos, dados. Esta libre donación es la fundación».

Las últimas palabras del texto transcrito pueden inducir a creer que esta fundación del ser por la palabra, en que consiste la poesía, es el fruto de una decisión arbitraria, pues se la concibe como libre donación. Pero en tal caso ¿como sería fundación de lo permanente? Se trata, en efecto, de una donación libre porque es primordial, porque nada hay más allá de ella; pero esto no quiere decir que sea caprichosa o arbitraria. Y llegamos con esto a la última frase de Hölderlin.

V

«Lleno de méritos, pero poéticamente, habita el hombre en esta tierra».

Comentando este pasaje dice Heidegger: «La realidad humana es en el fondo *poética*. Y por poesía entendemos ahora la nominación que es fundación de los dioses y de la esencia de las cosas. «Habitar poética-

UNIVERSIDAD DE MURCIA

mente» quiere decir: estar en presencia de los dioses y ser acometido por la proximidad esencial de las cosas. Que la realidad humana sea poética en su fondo quiere decir también que, en tanto que fundada (puesta sobre una base), ella no es un mérito, sino un don».

La poesía debe ser concebida, pues, como la actividad humana más excelente y esencial, como el meollo más valioso de la existencia auténtica. Por ella el hombre, que se siente heredero y aprendiz de la tierra, acometido por las tinieblas de los existentes en bruto, puede elevarse a la presencia de los dioses y participar de su poder, puede hacerse fundamento para sí mismo y para el mundo, conquistando la estabilidad. Las restantes actividades humanas son méritos, vale decir, están sometidas, son dependientes. Sólo la poesía es un libre don, fundación que no está fundada.

Pero si la poesía es todo eso—el más peligroso de los bienes; fundación del ser por la palabra—, ¿cómo explicar que se la califique de la más inocente de todas las ocupaciones? A aclarar este punto están dedicadas las últimas páginas de la conferencia de Heidegger. Vienen a decir que ese carácter inofensivo e ineficaz es sólo un aspecto exterior de la poesía, y una como defensa natural contra sus enemigos (contra todo lo cotidiano e inauténtico) que le permite realizar impunemente su tarea fundatriz. Pero escuchemos al propio Heidegger: «Hölderlin sabe que este lado exterior e inofensivo pertenece a la esencia de la poesía, como el valle pertenece a la montaña; porque ¿cómo esta ocupación, la más peligrosa de todas, podría realizarse y preservarse, si el poeta no estuviera fuera de lo cotidiano y protegido contra esa cotidianidad por la apariencia inofensiva que presenta? La poesía tiene el aire de un juego, y no es un juego. El juego reúne a los hombres, pero de tal suerte que cada uno se olvida de sí mismo. En cambio, en la poesía el hombre queda concentrado sobre el fondo de su realidad humana».

Otras muchas ideas de gran interés encierra este breve y denso escrito de Heidegger; pero su exposición nos llevaría demasiado lejos. De todos modos, lo esencial queda ya recogido.

UNIVERSIDAD DE MURCIA